

Pistas teresianas para una reforma eclesial

Este año marca el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, ocurrido el 28 de marzo de 1515, celebración que culminará el próximo 15 de octubre. Como no podía ser de otra manera, han sido numerosos los eventos, jornadas, encuentros y publicaciones realizados a este propósito en los últimos meses tanto en el ámbito de las letras como en de la espiritualidad y, más ampliamente, en de la Iglesia. Nuestra revista quiere sumarse a este reconocimiento agradecido, desde una perspectiva particular. Para ello, nos centraremos en las pistas que la gran santa de la Reforma puede ofrecer para estos tiempos nuestros que, bajo el impulso y el liderazgo del papa Francisco, suponen también una ocasión de reforma eclesial en clave evangélica —aspecto, por otra parte, que ha ido acompañando la misma historia de la Iglesia (*ecclesia semper reformanda*)—. Por lo tanto, no se espere de este comentario editorial un análisis de la obra teresiana sino algunas claves actuales desde la inspiración que impulsa su vida y desde el marco que ofrecen sus principales escritos. Así, dibujaremos cuatro pinceladas en torno a la vitalidad, al dinamismo, al pluralismo y a las estructuras de la Iglesia, bajo la pluma de la santa de Ávila: la *Vida* (1562), el *Camino de perfección* (1573), las *Moradas o el Castillo interior* (1577) y las *Fundaciones* (1573-1582).

La «Vida»: la vitalidad en la Iglesia

Un primer aspecto que debemos destacar es, sencillamente, la necesaria vitalidad de la Iglesia. Muchas veces, ésta aparece

como algo mortecino. Así es reconocida y así se muestra. Especialmente en Europa, da la impresión de ser una realidad no sólo envejecida sino también decadente. El tono vital, el lenguaje, la capacidad de iniciativa e innovación, el entramado organizativo, la edad de sus miembros, son algunos de los aspectos reticulares que apuntan más al pasado que al presente, y mucho más que al futuro. Esto no corresponde al ser auténtico de la Iglesia, «vaso siempre joven del Espíritu de Dios» (en expresión de San Ireneo), o al ímpetu de Santa Teresa que conduce hacia esta dirección vital. Sin ánimo de exagerar, podemos establecer una correlación entre la apertura al Espíritu y la vitalidad espiritual en la medida en que dejamos espacio al Espíritu de Dios, quedamos revitalizados. Sin olvidar que nuestro tono mortecino o animoso deviene un signo de nuestra salud espiritual. La misma vida de Santa Teresa ayuda a entender dos aspectos entrelazados: se puede vivir en la Iglesia de manera mortecina y mediocre, sin esperar casi nada (ella misma sintió algo así durante sus primeros años de monja, casi quince) y, a la vez, siempre hay tiempo para la renovación, la revitalización y el cambio (Teresa realizó su primera fundación cuando tenía ya 52 años de edad).

El ejemplo del casi octogenario papa Francisco, fuerza de renovación espiritual y verdadera explosión de vitalidad en la Iglesia, expresa con claridad que este cambio es posible. Su ejemplo, su enseñanza y su liderazgo han modificado, en apenas tres años, la percepción eclesial, hacia dentro y hacia fuera de sí misma. Vista desde fuera como dominada por el interés, la influencia, el poder y la lejanía hacia la gente y sus necesidades, la Iglesia era vista o vivida desde dentro como demasiado centrada en la organización interna, en las cuestiones doctrinales y, en definitiva, en la auto-referencialidad. Todo eso ha cambiado, o está cambiando, a pesar de las fuerzas de oposición, cada vez más manifiestas. Como oramos en la liturgia, “mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor” (Prefacio II de los santos). Ojalá este año teresiano sea una ayuda en esta dirección, a través de su ejemplo e intercesión.

Para no quedarnos en las afirmaciones y deseos puramente espirituales, y para salir también de la estrecha perspectiva

Europea, queremos citar algunos datos de un reciente estudio del prestigioso *Pew Research Center*, dedicado al futuro de las religiones en el mundo. El informe realiza proyecciones demográficas para el año 2050, cuando prácticamente habrá el mismo número de cristianos que de musulmanes. La tasa de fertilidad en las Iglesias cristianas se sitúa en el 2,7% pero con la diferencia de que en Europa es sólo del 1,6% mientras que en África supone el 4,4%. De este modo, se calcula que para mediados del siglo XXI, el 38% de todos los cristianos vivirán en África, cuando ahora apenas llegan el 24%. La proporción de cristianos europeos respecto al total de los cristianos del mundo se situaría en el 15,5%, diez puntos por debajo del porcentaje actual. Natalidad, fecundidad y vitalidad no son sinónimos, pero son tres criterios estrechamente relacionados. Sin duda alguna, hay mucha vitalidad en la Iglesia, aunque la mayor parte no está en territorio europeo.

El «Camino de perfección»: el dinamismo de la Iglesia

Una de las imágenes que acompañan la segunda gran obra de Santa Teresa de Jesús es la del camino. La santa castellana supo adentrarse, con finura psicológica, en los vericuetos del corazón humano y trazar un sendero que llevase a la perfección evangélica, es decir, a la plenitud. El hecho de ser una monja contemplativa y de haber alcanzado las cotas más altas de la mística universal, no le aleja de la realidad concreta. El camino interior nunca es, para Teresa, de tono intimista; aunque «la santa andariega» sabe bien que los caminos exteriores deben ser profundos para que sean auténticos. Bien haríamos en acoger esta lección, en una época como la nuestra tan amenazada de superficialidad, aceleración estéril y fragmentación disgregadora. Pero, al mismo tiempo, necesitamos recuperar el dinamismo del Evangelio en una Iglesia tantas veces habitada o incluso dominada por «estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador» [*Evangelii Gaudium (EG)*, 26].

La invitación a ser una Iglesia en salida está siendo una llamada constante del papa Francisco, con la convicción de que «si la

Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones» (EG, 46). Los propios caminos del Papa se convierten en un icono transparente de su propuesta. No sólo en lo referente a sus viajes apostólicos, que buscan llegar a rincones alejados y pobres, sino también sus salidas improvisadas «fuera de programa» y su estilo cercano de saludar personalmente siempre que tiene ocasión. Todo ello habla de un camino evangélico al que toda la Iglesia está llamada. De sus muchas intervenciones, nos limitamos a recoger todo un programa en donde el tiempo es superior al espacio, recogido en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*:

«Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad [...] Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno [...] Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad» (EG, 223).

El camino de la renovación eclesial también lo requiere, pues las inercias y los frenos son claros. Teresa de Ávila reconocía, ya en siglo XVI, que «está ardiendo el mundo» y, por tanto, «no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia» (*Camino I*, 5). Cuánto más podemos decir en nuestros días. Así lo ha detectado el papa Francisco, por ejemplo, dedicando su encíclica *Laudato Si' (LS)* al cuidado de la casa común y situando, de este modo, la cuestión eco-social o socio-ambiental en el corazón de la Iglesia. Aunque ha recibido críticas por ello, el Papa sabe que «lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural» (LS, 114) y quiere impulsar a la Iglesia por estos caminos. En sintonía con toda nuestra tradición, y ahí también Teresa tendría algo significativo que aportar, el papa Francisco sigue recordando que «la espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco» (LS, 222). Sin duda alguna, una fe cristiana así entendida permite fundamentar una ecología integral. También por ello, Francisco ha convocado una Jornada Mundial de oración

por el cuidado de la creación, que tendrá lugar cada año el día 1 de septiembre, uniéndose así a una iniciativa ya realizada por la Iglesia ortodoxa. Por nuestra parte, *Razón y Fe* dedicará un número monográfico en el próximo mes de octubre a la ecología.

Las “Moradas”: el pluralismo en la Iglesia

En tercer lugar, aludimos al libro de las *Moradas o el Castillo interior*, en el que santa Teresa invita a considerar al ser humano «como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos» (*Moradas* I, 1). Con esta imagen, nosotros nos referimos ahora a la Iglesia como comunidad o casa de todos los creyentes. No es un castillo exterior que hay que defender, sino un castillo interior en el que hay que ahondar. Es, más bien, una casa acogedora con distintas estancias y moradas, donde toda persona puede encontrar su hogar. Esto corresponde con la imagen de la «iglesia en salida» propugnada por el Papa: «La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas» (*EG*, 46). Y añade, con un ejemplo concreto: «La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes» (*EG*, 47).

La insistencia en ser casa acogedora y hospital de campaña ha sido otra de las aportaciones nucleares del actual pontificado. Ellas comunican la noción de una «cultura del encuentro». Convertirse en pueblo, dice el Papa, supone «desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía» (*EG*, 220). Resulta obvio que la Iglesia está llamada a ser y a convertirse en el verdadero Pueblo de Dios, la casa de todos. Esto supone un reto para cada uno de sus miembros y de sus comunidades. La permanente llamada de los refugiados e inmigrantes forzosos a las puertas de Europa son un aldabonazo a la conciencia de las comunidades cristianas. La existencia, en el mismo seno de la comunidad, de numerosas personas heridas, que conviven con su sensación de fracaso y sus múltiples heridas, también es una llamada a la conversión y a la coherencia evangélica. La Iglesia no puede dedicarse a controlar la gracia divina; «no es una

aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a costas» (EG, 47).

La pluralidad de situaciones vitales en el seno de la Iglesia pide una respuesta pluriforme, siempre modulada por la misericordia. Pero hay, también, otros retos en la gestión de una Iglesia tan plural como la católica; nos referimos sólo a dos de ellos: la diversidad cultural y la pluralidad ideológica. Respecto al primero, el pontificado actual está dando pasos de reforma en la dirección adecuada para superar el eurocentrismo mediante su modo de gobierno —con la constitución del grupo de cardenales asesores— y su método de elaboración doctrinal —con la incorporación frecuente del magisterio episcopal a sus propios documentos¹—. Respecto a la pluralidad ideológica, el Papa no sólo ha impulsado la *sinodalidad* sino que ha convertido el *Sínodo sobre la Familia* en un verdadero proceso de discernimiento eclesial. Está por ver, eso sí, el desenlace de las deliberaciones en la Asamblea sinodal del próximo mes de octubre para calibrar la sabiduría y la comunión pertrechadas en cuestiones tan delicadas para nuestras sociedades. Ni la mayoría puede imponerse ni las minorías pueden bloquear los supuestos acuerdos que se realicen. También en el terreno ecuménico e interreligioso, así como en las relaciones con la sociedad civil, el Papa ha mostrado con coherencia la necesidad de crecer «en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos» (EG, 239).

Las “Fundaciones”: las estructuras en la Iglesia

Finalmente, nos referimos al libro de las *Fundaciones*, que santa Teresa fue elaborando durante casi una década, hasta que le llegó la muerte en 1582. Este escrito da cuenta de la reforma espiritual, e incluso mística si se quiere, necesitada de encarnarse en estructuras concretas para ser verdadera, al menos en la visión cristiana de la existencia. Más de una docena de

¹ Por ejemplo, en la encíclica *Laudato Si'* hay más de veinte referencias a documentos de las Conferencias Episcopales de los cinco continentes.

conventos fundados a lo largo de unos quince años, nos permiten extraer algunas conclusiones teresianas para la reforma eclesial: primacía de Dios, pobreza evangélica, empuje apostólico, realismo humano, entre otros aspectos. En medio de todas las penurias, dificultades, incomprensiones y oposiciones, Teresa estuvo convencida de la «gesta de Dios, que actúa con su “mano poderosa» (*Fundaciones* 27, 11). El camino que va del monasterio de la Encarnación al de San José muestra que el cambio es posible. Y que no es sólo cuestión de un carisma etéreo, sino de una encarnación de dicha reforma. Una de las insistencias de la experiencia y doctrina de la Santa de Ávila es la centralidad de la Humanidad de Cristo como fuente de la vida espiritual y de la renovación eclesial. Al respecto, oteamos el espíritu de santa Teresa en las palabras del mismo papa Francisco:

«Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» (*EG*, 11).

La cuestión es cómo lo hacemos realidad, cada cual en su ámbito de responsabilidad. En estos años de pontificado del actual obispo de Roma, y de manera especial en los últimos meses, se están desplegando algunas voces críticas, en diversos sentidos. Algunas dicen que este Papa está yendo demasiado lejos o que, directamente, está equivocado. Son los que San Juan XXIII llamaría los «profetas de calamidades» y los inmovilistas que muestran resistencia al cambio. Llama la atención, al mismo tiempo, que este grupo se muestre tan abiertamente crítico con el Sumo Pontífice, precisamente, en aras de una supuesta obediencia a la jerarquía o a la Tradición. Otras voces afirman, por el contrario, que las reformas son aún escasas, tímidas o lentas. Algunos de ellos desearían, entre ingenuos y malintencionados, que desapareciese el Estado Vaticano o que se vendiesen todas las propiedades de la Iglesia. Son los mismos que aplauden la mediación papal entre Cuba y Estados Unidos, su vigoroso discurso en el Parlamento

Europeo, su próxima intervención ante las Naciones Unidas o su liderazgo contra el cambio climático, sin darse cuenta de que todo ello exige medios y estructuras. Eso sí, deben ser siempre medios acordes con el Evangelio y, rectamente, orientados a su finalidad, el Reino de Dios. Las críticas son normales y forman parte de la vida, especialmente cuando se trata de impulsar una reforma significativa. De nuevo, las numerosas contradicciones que Santa Teresa tuvo que superar en sus fundaciones y en su reforma, son un ejemplo. Ojalá también su intercesión nos ayude a caminar en este punto.

Conclusión

Vivimos tiempos recios, en los que el papa Francisco está decidido a impulsar una vigorosa y coherente reforma eclesial. Necesitamos una vitalidad creativa que supere las inercias mortecinas; necesitamos dinamismo evangélico y no inmovilismo; necesitamos cuidar la Iglesia para que sea el hogar de todos, y no un castillo auto-referente o una fortaleza que defender; necesitamos recrear estructuras que hagan posible vivir y contagiar el Evangelio de Jesucristo en el siglo XXI. Por supuesto, hay dificultades y oposición. Pero el ejemplo y la intercesión de los santos como el de santa Teresa de Ávila indican el camino a seguir. Podemos decir con los siguientes juegos de palabras, que el Papa, «jesuita franciscano», es también «teresiano» y que su reforma apunta a lo más molar de la experiencia cristiana. ■